

Anne Brontë

Agnes Grey

Traducción de Elizabeth Power

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Agnes Grey*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Imagen: © ACI / Bridgeman

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Elizabeth Power, cedida por Ediciones Cátedra
(Grupo Anaya, S. A.)

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-225-9

Depósito legal: M. 32.503-2015

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

1

La rectoría

En todas las historias verdaderas hay enseñanzas, aunque puede que en algunas nos cueste encontrar el tesoro, o cuando lo encontramos es en cantidad tan exigua que el fruto tan seco y marchito apenas compensa el esfuerzo de romper la cáscara. Si éste es el caso de mi historia, no soy competente para juzgarlo; a veces creo que puede resultar útil para algunos y entretenida para otros, pero que la juzgue el mundo: protegida por mi oscuridad y por el transcurso de los años, no tengo miedo de arriesgarme y expondré cándidamente ante el público cosas que no revelaría al amigo más íntimo.

Mi padre era un clérigo en el norte de Inglaterra, que se ganó el respeto de todos los que lo conocían, y en sus años de juventud vivió holgadamente de los emolumentos combinados de una pequeña prebenda y unos bienes propios. Mi madre, que se casó con él en contra de los deseos de los suyos, era la hija de un hacendado y una mujer de carácter. En vano le dijeron que, si se convertía en la esposa del pobre rector, debía renunciar a tener carruaje propio y doncella personal y todos los lujos y finuras que eran para ella algo menos que lo esencial de la vida. Un carruaje y una doncella personal eran grandes comodidades;

pero, gracias a Dios, ella tenía pies para caminar y manos para atender a sus propias necesidades. No eran desdeñables una casa elegante y un amplio jardín, pero ella preferiría vivir en una casucha con Richard Grey que en un palacio con cualquier otro hombre del mundo.

Viendo que sus argumentos no surtían ningún efecto, su padre finalmente dijo a los enamorados que se casaran si querían, pero que si lo hacían, su hija perdería cada penique de su fortuna. Confiaba en que esto enfriaría el entusiasmo de la pareja; pero se equivocaba. Mi padre conocía de sobra lo mucho que valía mi madre, hasta el punto de darse cuenta de que era una fortuna valiosa por sí misma; y si ella consentía en adornar su humilde hogar, él estaría encantado de aceptarla bajo cualquier concepto. Ella, por su parte, prefería trabajar con sus propias manos que separarse del hombre al que amaba, cuya felicidad le encantaría procurar y que ya se fundía con ella en corazón y alma. De modo que su fortuna fue a engrosar la dote de una hermana más sensata, que se había casado con un ricachón, mientras que ella acabó enterrándose en la sencilla rectoría aldeana de –, para sorpresa y pesadumbre de todos aquellos que la conocían. Y sin embargo, a pesar de todo esto, y a pesar del fuerte carácter de mi madre y los caprichos de mi padre, creo que no se encontraría una pareja más feliz aunque se buscase por toda Inglaterra.

De seis hijos, mi hermana Mary y yo fuimos las únicas que sobrevivimos a los peligros de la infancia y la adolescencia. Al ser yo cinco o seis años más joven, siempre se me consideraba la *niña*, la mimada de la familia; padre, madre y hermana se ponían de acuer-

do para consentirme todo, no con una necia indulgencia que me hiciera díscola e indisciplinada, sino con una incesante amabilidad que me hizo desvalida y dependiente, inepta para soportar los golpes de las preocupaciones y tribulaciones de la vida.

A Mary y a mí nos educaron en el más absoluto aislamiento. Mi madre, que era una mujer a la vez de muchos talentos, bien educada y trabajadora, se hizo cargo ella sola de nuestra educación, con excepción del latín, que se encargaba de enseñarnos mi padre, de modo que ni siquiera íbamos al colegio; y como no había gente de nuestro rango en los alrededores, nuestro único contacto con el mundo consistía en una solemne merienda con los más importantes agricultores y comerciantes de la zona de vez en cuando, para evitar que nos tildaran de demasiado orgullosos para asociarnos con nuestros vecinos, y una visita anual a casa de nuestro abuelo paterno, donde las únicas personas que veíamos eran éste, nuestra querida abuela, una tía soltera y dos o tres damas y caballeros mayores. A veces nos entretenía nuestra madre con historias y anécdotas de su juventud, las cuales, aunque nos divertían muchísimo, frecuentemente despertaban, por lo menos en *mí*, un vago deseo secreto de ver algo más del mundo.

Yo pensaba que ella había debido de ser muy feliz; pero nunca parecía echar de menos el pasado. Sin embargo, mi padre, cuyo temperamento no era tranquilo ni alegre por naturaleza, a menudo se angustiaba pensando en los sacrificios que había hecho por él su querida esposa y se devanaba los sesos ideando un sinfín de proyectos para aumentar su pequeña fortuna, por ella y por nosotras. Mi madre le aseguraba en

vano que estaba totalmente satisfecha, y que si ahorra un poco para las hijas, tendríamos todos más que suficiente, ahora y en el futuro. Pero ahorrar no era el fuerte de mi padre; no contraía deudas (por lo menos mi madre cuidaba mucho de que no lo hiciese), pero cuando tenía dinero, tenía que gastarlo; le gustaba tener comodidad en la casa y ver a su esposa y a sus hijas bien vestidas y bien atendidas; además, era de disposición caritativa y le gustaba dar a los pobres según sus posibilidades o, pensaban algunos, por encima de ellas.

Finalmente, sin embargo, un amigo le sugirió un medio de duplicar su renta personal de un solo golpe; y de aumentarlo en adelante hasta una cantidad incalculable. Su amigo era comerciante, un hombre de espíritu emprendedor e inequívoco talento, que estaba algo limitado en sus actividades mercantiles por falta de capital, pero ofrecía generosamente a mi padre darle la parte alícuota de sus beneficios si se decidía a confiarle todo lo que se podía permitir, y pensaba que le podía prometer sin exagerar que, fuera cual fuese la suma que se dignaba poner en sus manos, le rendiría el ciento por ciento. Éste vendió enseguida su pequeño patrimonio y el precio total fue encomendado en manos del comerciante amigo, que inmediatamente se puso a embarcar su cargamento y prepararse para el viaje.

Mi padre estaba encantado, como lo estábamos todos, ante nuestras brillantes perspectivas: de momento, es verdad, estábamos reducidos a los escasos ingresos del curato, pero mi padre parecía creer que no hacía falta limitar nuestros gastos estrictamente a éstos. Así que con una cuenta pendiente en la tienda del

señor Jackson, otra en la tienda de Smith y otra en la de Hobson, nos arreglábamos incluso con más holgura que antes, aunque mi madre afirmaba que debíamos restringirnos, pues nuestras perspectivas de riquezas eran precarias, y que si mi padre dejaba que ella lo administrase todo, no notaríamos las economías; pero esta vez fue incorregible.

Qué horas tan felices pasamos Mary y yo, sentadas junto al fuego haciendo labores o paseando por las colinas cubiertas de brezo u holgazaneando bajo el sauce llorón (el único árbol grande del jardín), hablando de nuestra futura felicidad y la de nuestros padres, de las cosas que haríamos, veríamos y poseeríamos, sin base más firme para nuestra gran quimera que las riquezas que esperábamos nos llovieran como resultado del éxito de las especulaciones del buen comerciante. Nuestro padre estaba casi igual que nosotras; sólo que fingía no tomárselo tan en serio, expresando sus grandes esperanzas y expectativas optimistas por medio de chistes y festivas ocurrencias que siempre me parecieron el colmo del humor y el ingenio. Nuestra madre se reía encantada de verlo tan contento y feliz; pero aun así tenía miedo de que se ilusionara demasiado por el asunto. Una vez, al salir de la habitación, la oí susurrar:

«¡Dios quiera que no se vea decepcionado! No sé cómo lo soportaría.»

Pero se vio decepcionado, y mucho. Nos cayó a todos como un rayo la noticia que el navío que transportaba nuestra fortuna había naufragado y se había hundido con todo el cargamento, varios miembros de la tripulación y el mismo comerciante desafortunado. Lo sentí por él; lo sentí por el derrumbe de todos los

castillos que habíamos construido en el aire, pero con la elasticidad de la juventud no tardé en recuperarme del golpe.

Aunque las riquezas tenían su encanto, la pobreza no encerraba ningún terror para una joven sin experiencia como yo. Es más, y a decir verdad, había algo vivificante en la idea de vernos en apuros y tener que depender de nuestros propios recursos. Yo hubiera querido que papá, mamá y Mary pensaran todos como yo, en cuyo caso, en lugar de lamentarse por las calamidades pasadas, pondríamos manos a la obra de buena gana para remediarlas; y cuanto mayores las dificultades y más duras las privaciones actuales, con más buen humor soportaríamos éstas y con mayor vigor lucharíamos contra aquéllas.

Mary no se lamentaba, pero rumiaba continuamente la desgracia y se hundió en un estado de abatimiento del que ningún esfuerzo mío lograba sacarla. No había manera de hacerle ver el lado positivo de las cosas que veía yo; y de hecho yo tenía tanto miedo de que me acusara de frivolidad infantil o de necia insensibilidad que tuve buen cuidado de guardar para mí la mayoría de mis brillantes ideas y ocurrencias optimistas, pues sabía que no las iba a apreciar.

A mi madre lo único que le preocupaba era consolar a mi padre, pagar nuestras deudas y recortar nuestros gastos por todos los medios posibles; pero mi padre estaba totalmente abrumado por la calamidad: se le hundieron la salud, las fuerzas y los ánimos con el golpe, y nunca volvió a recuperarlos. Fue en vano que mi madre intentase animarle apelando a su religiosidad, a su valor, a su cariño por ella y nosotras. Ese mismo cariño era su mayor tormento: por noso-

tras había deseado tan ardientemente aumentar su fortuna; nuestro interés era lo que había llenado de tanto optimismo sus esperanzas y lo que ahora dotaba de tanta amargura su aflicción. Lo torturaban los remordimientos por no haber hecho caso de los consejos de mi madre, que le habrían librado por lo menos de la carga adicional de las deudas. Se reprochaba inútilmente por haberla sacado de la dignidad, la comodidad y el lujo de su posición anterior para que se afanara a su lado en las preocupaciones y las fatigas de la pobreza. Era una amargura y una mortificación para su alma ver a aquella espléndida mujer de talento, antaño tan adulada y admirada, convertida en ama de casa y administradora activa, con la cabeza y las manos ocupadas continuamente con las labores del hogar y la economía doméstica. Su genial autotortura corrompía el buen humor con el que ella llevaba a cabo todas estas obligaciones, la alegría con la que soportaba los infortunios y la amabilidad que le impedía imputarle a él la más mínima culpa, hasta convertirlos en una agravación de su sufrimiento. Y de esta forma la mente le oprimía el cuerpo y le trastornaba el sistema nervioso, que a su vez le aumentaban las perturbaciones de la mente, hasta que poco a poco se resintió gravemente su salud; y ninguna de nosotras logró convencerle de que nuestros asuntos no iban tan mal, que no estaban tan absolutamente desesperados como su mórbida imaginación los representaba.

Vendimos el útil faetón junto con el rollizo caballo bien alimentado: un favorito de todos que habíamos decidido viviría sus últimos años en paz y nunca pasaría a otras manos que las nuestras; arrendamos la pequeña cochera y el establo, despedimos al mozo y a

la más eficiente (y la más cara) de las dos doncellas. A nuestra ropa la remendaban, le daban la vuelta y zurcían hasta el mismo borde de la decencia; nuestros alimentos, siempre frugales, se simplificaron hasta un grado sin precedentes, con la excepción de los platos preferidos de mi padre; economizamos de manera dolorosa el carbón y las velas, siendo reducida la pareja de éstas a una, que se utilizaba parcamente, y el carbón cuidadosamente administrado en el hogar medio vacío, especialmente cuando mi padre se hallaba ausente cumpliendo sus obligaciones parroquiales o confinado en la cama por enfermedad; entonces nos sentábamos con los pies en el guardafuego, juntando de vez en cuando las ascuas agonizantes y echando cada tanto polvillo y fragmentos de carbón, simplemente para mantenerlas con vida. En cuanto a las alfombras, con el tiempo quedaron raídas, con más parches y zurcidos incluso que nuestra ropa. Para ahorrarnos el sueldo de un jardinero, Mary y yo nos comprometimos a mantener ordenado el jardín; y todo lo que de cocina y labores de la casa no podía realizar con facilidad una sola criada, lo hacían mi madre y mi hermana, con un poco de ayuda por mi parte de vez en cuando, pero sólo un poco, pues aunque yo ya me consideraba una mujer, ellas me veían como una niña. Mi madre, como la mayoría de las mujeres emprendedoras y activas, no se vio favorecida con hijas muy activas; por este motivo, siendo ella tan lista y diligente, no se sentía tentada a delegar sus asuntos sino al contrario, se encontraba dispuesta a actuar y a pensar por los demás y no sólo por sí misma; y fuera cual fuese el asunto que tenía entre manos, solía creer que nadie sabría hacerlo tan bien como ella, por lo

que cuando yo me ofrecía a ayudarla, recibía una respuesta como: «No, querida, no puedes, de verdad. No hay nada que puedas hacer tú. Ve a ayudar a tu hermana, o dile que vaya a dar un paseo contigo –dile que no se pase tanto tiempo sentada ni se quede siempre en casa–, con razón está delgada y con aspecto abatido.»

–Mary, dice mamá que te ayude, o que te diga que vengas a dar un paseo conmigo; dice que con razón estás delgada y con aspecto abatido, por estar siempre sentada dentro de casa.

–No puedes ayudarme, Agnes, ni yo puedo salir contigo, porque tengo demasiado que hacer.

–Entonces deja que te ayude.

–No puedes, de verdad, querida. Ve a practicar música o a jugar con la gatita.

Siempre había gran cantidad de costura que hacer, pero a mí no me habían enseñado a cortar ninguna prenda, y sabía hacer poco más que simples pespuntes o hilvanes, ya que ambas sostenían que les era más fácil hacer el trabajo personalmente que preparármelo a mí. Además preferían verme proseguir con mis estudios o divertirme; ya tendría tiempo de estar doblada sobre la labor como una solemne matrona cuando mi gatita preferida se convirtiera en una gata vieja y juiciosa. Bajo tales circunstancias, aunque era poco más útil que la gatita, mi ociosidad no estaba totalmente injustificada.

En toda la época de nuestros infortunios, sólo una vez oí a mi madre quejarse por nuestra falta de dinero. Poco antes de llegar el verano, comentó a Mary y a mí:

–Qué estupendo sería que vuestro padre pudiera pasar unas semanas en un balneario. Estoy convenci-

da de que el aire del mar y el cambio de ambiente le harían un bien incalculable. Pero, veréis, no hay dinero –añadió con un suspiro.

A las dos nos hubiese encantado que se pudiera hacer, y nos lamentamos mucho de que no fuera posible.

–Bien, pues –dijo–, no sirve de nada quejarse. Quizás podamos hacer algo para poner en práctica el proyecto después de todo. Mary, eres una gran dibujante. ¿Qué te parecería hacer unos cuantos nuevos dibujos con tu mejor estilo, y mandarlos enmarcar junto con las acuarelas que ya tienes hechas, e intentar que se los quede algún generoso marchante con suficiente sentido para discernir sus méritos?

–Mamá, me encantaría, si crees que podrían venderse por una cantidad que valga la pena.

–Vale la pena intentarlo de todas formas, querida; tú haz los dibujos y yo procuraré encontrar a un comprador.

–Ojalá yo pudiese hacer algo –dije.

–¿Tú, Agnes? ¿Quién sabe? Tú también dibujas muy bien; si eliges una pieza sencilla como tema, estoy segura de que sabrás hacer algo que a todos nos enorgullecerá exhibir.

–Pero tengo otro proyecto en la cabeza, mamá, desde hace tiempo... aunque no quería mencionarlo.

–¿De veras? Dinos cuál es.

–Quisiera ser institutriz.

A mi madre se le escapó una exclamación de sorpresa, y luego se rió. A mi hermana se le cayó la labor con el asombro, y exclamó:

–¡Tú, institutriz, Agnes! ¿En qué estás pensando?

–Pues no veo que tenga nada de extraordinario. No pretendo ponerme a enseñar a muchachas mayo-

res; pero creo que podría enseñar a unas pequeñas... y me gustaría tanto... me encantan los niños. ¡Déjame hacerlo, mamá!

–Pero, cariño, aún no has aprendido a cuidar de ti misma; y manejar a los niños pequeños requiere de más juicio y experiencia que a los mayores.

–Pero, mamá, tengo más de dieciocho años y soy totalmente capaz de cuidar de mí misma y de otros también. No sabes ni la mitad de la sabiduría y prudencia que poseo, porque nunca me has puesto a prueba.

–Pero piensa –dijo Mary– en qué harás en una casa llena de extraños, sin que mamá o yo estemos para hablar y actuar por ti... con un montón de niños, además de ti misma, para atender, y nadie que te pueda, aconsejar. No sabrías ni qué ropa ponerte.

–Crees, porque siempre hago lo que me ordenas, que no tengo opinión propia; pero ponme a prueba es lo único que pido, y verás de lo que soy capaz.

En aquel momento entró mi padre y le explicamos el tema de nuestra conversación.

–¿Qué, mi pequeña Agnes institutriz? –gritó y, a pesar de su abatimiento, se rió ante la idea.

–Sí, papá, tú no digas nada en contra. Me encantaría hacerlo, y estoy segura de que me saldría muy bien.

–Pero, cariño, no podremos prescindir de ti –y brilló una lágrima en sus ojos cuando añadió–: ¡No, no!, por afligidos que estemos, no es posible que hayamos llegado a eso.

–¡Oh, no! –dijo mi madre–. No hace falta en absoluto dar semejante paso; no es más que un capricho suyo. Así que debes callarte, niña traviesa, pues aun-

que tú estés dispuesta a dejarnos a nosotros, sabes bien que nosotros no podemos separarnos de ti.

Me hicieron callar durante aquel día y muchos días después, pero no renuncié del todo a mi plan predilecto. Mary preparó los materiales de dibujo y puso manos a la obra. Yo también preparé los míos; pero mientras dibujaba, pensaba en otras cosas.

¡Qué delicioso ser institutriz! Salir al mundo; emprender una nueva vida; actuar por mí misma; ejercitar mis facultades aún sin utilizar; poner a prueba mis fuerzas desconocidas; ganar mi propia manutención y algo que consolara y ayudara a mi padre, mi madre y mi hermana, además de librarles de tener que proporcionarme comida y ropa; enseñarle a papá de lo que era capaz su pequeña Agnes; convencer a mamá y a Mary de que no era exactamente el ser desvalido y atolondrado que creían. Y además, ¡qué encantador que me encomendaran el cuidado y la educación de unos niños! Dijeran lo que dijeran los demás, yo me sentía perfectamente capacitada para la misión: el claro recuerdo de mis propios pensamientos y sentimientos de la primera infancia serían mejor guía que las instrucciones de un consejero más maduro. Sólo tenía que volver los ojos desde mis pequeños alumnos a mí misma a su edad para saber enseguida cómo hacerme con su confianza y afecto, cómo despertar la contrición de los descarriados y consolar a los afligidos, cómo hacer viable la Virtud, deseable la Educación y preciosa y comprensible la Religión.

¡Tarea encantadora,
enseñar a brotar las ideas jóvenes!

¡Dirigir las tiernas plantas y mirar desplegarse día a día sus botones! Influenciada por tantos alicientes, decidí perseverar, aunque el temor de disgustar a mi madre o de herir los sentimientos de mi padre me impidieron sacar de nuevo el tema durante varios días. Finalmente, lo mencioné a mi madre en privado, y con alguna dificultad logré que prometiese ayudarme en mi empeño. Luego conseguí el consentimiento reactivo de mi padre y luego, aunque Mary todavía suspiraba con desaprobación, mi querida madre comenzó a buscarme un puesto. Escribió a los familiares de mi padre y consultó los anuncios de los periódicos. Hacía tiempo que había dejado de comunicarse del todo con su propia familia; el intercambio formal de cartas de vez en cuando era lo único que los unía desde su boda, y nunca se le hubiera ocurrido acudir a ellos para un asunto de esta naturaleza. Pero el retiro de mis padres del mundo había sido tan completo y había durado tanto tiempo que pasaron muchas semanas antes de que encontráramos un puesto adecuado. Por fin, para gran alegría mía, se decidió que me ocupase de la joven familia de una tal señora Bloomfield, a la que había conocido de joven mi amable y estirada tía Grey, quien decía que era una señora muy simpática. Su marido era un comerciante retirado, que había ganado una bonita fortuna, pero a quien no podían persuadir de que pagase un sueldo mayor de veinticinco libras a la institutriz de sus hijos. No obstante, yo prefería aceptarlo que renunciar al puesto, aunque mis padres tendían a considerar que esto último sería el mejor plan.

Pero aún tenía que dedicar unas semanas a los preparativos. ¡Qué largas y tediosas me parecieron aque-

llas semanas! Sin embargo, eran felices en la mayor parte, llenas de brillantes esperanzas y ardientes expectativas. ¡Con qué extraño placer ayudé a hacer mi nueva ropa y luego a preparar los baúles! Pero había una sensación de amargura mezclada en esta última ocupación, y cuando se acabó, cuando ya estaba todo preparado para mi partida al día siguiente y se acercaba la última noche en casa, una súbita angustia pareció llenarme el corazón. Mis seres queridos tenían un aspecto tan triste y hablaban con tanta amabilidad que me costaba trabajo evitar derramar unas lágrimas, pero aun así fingí estar alegre. Había dado el último paseo con Mary por los páramos, la última vuelta por el jardín y por la casa; con ella había dado de comer por última vez a las palomas, animales preciosos a los que habíamos enseñado a comer en nuestras manos. Les había acariciado la espalda por última vez mientras se apiñaban en mi regazo. Había dado un tierno beso a mis favoritas, la pareja de colipavas blancas como la nieve; había tocado la última melodía en el viejo piano amigo y cantado para papá la última canción; esperaba que no fuera la última, pero sería la última en lo que me parecía a mí muchísimo tiempo; y quizás cuando volviese a hacer todas estas cosas, ya sería con otros sentimientos; puede que las circunstancias cambiaran y que esta casa no volviera a ser mi hogar nunca más.

Mi queridísima amiga, la gatita, cambiaría sin remedio; ya se estaba convirtiendo en una hermosa gata adulta; y cuando volviera, aunque fuese una apresurada visita en Navidades, lo más probable era que hubiera olvidado tanto a su compañera de juegos como sus alegres travesuras. Había retozado con ella por úl-

tima vez; y cuando acaricié su brillante piel suave mientras ronroneaba dormitando en mi regazo, tuve un sentimiento de tristeza que no pude disimular. Luego, a la hora de acostarnos, cuando me retiré con Mary a nuestro dormitorio silencioso, donde ya mis cajones y mi parte de la librería estaban vacíos, y donde en adelante ella tendría que dormir sin compañía, en triste soledad, tal como ella lo expresaba, me pesaba el corazón más todavía. Sentí que había sido egoísta y mala al insistir en dejarla; y cuando me arrodillé una vez más junto a nuestra pequeña cama, pedí bendiciones para ella y mis padres con más fervor que nunca. Para disimular mi emoción, hundí la cara en las manos, y enseguida se mojaron de lágrimas. Al levantarme, me di cuenta de que ella también había llorado, pero no hablamos ninguna de las dos; en silencio nos tumbamos a descansar, juntándonos un poco más con la conciencia de que muy pronto habíamos de separarnos.

Pero la mañana trajo renovadas esperanzas y ánimos. Iba a marcharme temprano, para que el vehículo que me llevaba (una calesa alquilada al señor Smith, el mercero, especiero y mercader de té del lugar) pudiese regresar el mismo día. Me levanté, me lavé, me vestí, desayuné apresuradamente, recibí los cariñosos abrazos de mi padre, mi madre y mi hermana, besé a la gata, para gran escándalo de Sally, la criada, le estreché la mano a ésta, subí a la calesa, me tapé la cara con el velo y entonces, y ni un minuto antes, me deslice en lágrimas.

La calesa se alejó balanceándose, y miré atrás: mis queridas madre y hermana estaban aún en la puerta mirando cómo me marchaba y diciéndome adiós con

la mano. Les devolví el saludo y rogué a Dios con todo mi corazón que las bendijera. Bajamos la cuesta y ya no las vi más.

—Hace fresquito esta mañana, señorita Agnes —comentó Smith— y está oscuro también; pero quizás lleguemos a aquel lugar antes de que se ponga a llover con fuerza.

—Espero que sí —le respondí con toda la tranquilidad de la que fui capaz.

—Cayó un buen chaparrón anoche también.

—Sí.

—Pero quizás este viento frío mantendrá alejada la lluvia.

—Puede que sí.

Y aquí acabó nuestra conversación. Cruzamos el valle y comenzamos a subir por la colina siguiente. Mientras la subíamos, volví la vista atrás de nuevo: allí estaba la aguja de la iglesia de la aldea, y más allá la vieja rectoría gris, iluminada con un rayo oblicuo de sol, un rayo débil, nada más, pero la aldea y las colinas que la rodeaban estaban todas en sombra y celebré esta luz fortuita como un buen augurio para mi hogar. Con las manos juntas, pedí fervorosamente una bendición para sus ocupantes, y volví la vista precipitadamente, pues vi que desaparecía la luz; y tuve cuidado de evitar mirar más por si lo veía envuelto en tinieblas como el resto del paisaje.

2

Primeras lecciones en el arte de la enseñanza

Mientras íbamos avanzando, recuperé los ánimos y me dediqué con placer a la contemplación de la nueva vida que iba a emprender; pero, aunque no pasaba mucho de mediados de septiembre, las oscuras nubes y el fuerte viento del nordeste se combinaban para hacer el día extremadamente frío y melancólico, y el viaje parecía muy largo, pues, como había comentado Smith, las carreteras estaban «muy pesadas», y desde luego su caballo estaba muy pesado también: subía trabajosamente las cuestas y las bajaba lentamente, y sólo se dignaba ponerse al trote cuando la carretera estaba llana del todo o muy poco inclinada, lo que ocurría muy pocas veces en aquella región rugosa; así que era casi la una cuando llegamos a nuestro destino. Sin embargo, cuando cruzamos la alta puerta de hierro y nos dirigimos lentamente por el suave y bien apisonado camino de carruajes, con el verde césped a cada lado, y nos acercamos a la mansión de Wellwood, imponente a pesar de lo nuevo, que se erguía por encima de los bosquecillos de álamos, me sentí desfallecer, y hubiera querido que todavía faltase una milla o dos: por primera vez en mi vida, debía arreglármelas sola –ya no podía retroceder–, debía entrar

en aquella casa y presentarme ante sus desconocidos habitantes, pero, ¿cómo iba a hacerlo? Es verdad que tenía casi diecinueve años, pero, gracias a la vida retirada y los cuidados protectores de mi madre y mi hermana, sabía que muchas jóvenes de quince años o menos estaban dotadas de un porte más maduro, de mayor serenidad y aplomo que yo. No obstante, si la señora Bloomfield era una mujer amable y maternal, no estaría tan mal; con los niños, por supuesto, ensiguida me encontraría a mis anchas, y con el señor Bloomfield esperaba tener muy poco trato.

«Estate tranquila, pase lo que pase», me dije a mí misma, y la verdad es que me ceñí tanto a esta resolución y estaba tan ocupada controlándome los nervios y tranquilizándome el aleteo rebelde del corazón, que cuando me admitieron al recibidor y después me hicieron pasar a presencia de la señora Bloomfield, casi se me olvidó responder a su cortés saludo; y después pensé que lo poco que había acertado a decir lo había dicho con el tono de alguien medio muerto o medio dormido. La señora también fue algo fría en su comportamiento, como me di cuenta cuando tuve tiempo de reflexionar. Era una mujer alta, delgada y majestuosa, con el cabello negro, los ojos de un gris frío y el cutis extremadamente cetrino.

Con adecuada cortesía, sin embargo, me acompañó a mi dormitorio, y me dejó allí para que me quitara la ropa de viaje, diciéndome que bajase después a tomar un tentempié. Me consternó un poco mi aspecto cuando me miré en el espejo: el viento frío me había hinchado y enrojecido las manos, me había deshecho los rizos y enmarañado el cabello, y teñido la cara de un color morado claro; hay que añadir a esto que

llevaba el cuello terriblemente arrugado, el vestido salpicado de barro, los pies calzados con fuertes botas nuevas y, como no me habían subido los baúles, nada de esto tenía remedio. Por lo que, tras alisarme el cabello lo mejor que pude y tirar repetidas veces del obstinado cuello, bajé torpemente los dos tramos de escalera, filosofando conmigo misma, y con alguna dificultad encontré el camino al aposento donde me esperaba la señora Bloomfield.

Me llevó al comedor, donde habían servido el almuerzo para la familia. Me sirvieron algunos filetes de buey y patatas frías partidas por la mitad, y mientras comía, ella se sentó enfrente, mirándome (me pareció) e intentando sostener algo parecido a una conversación, que consistió sobre todo en una serie de lugares comunes, expresados con frígida formalidad; pero puede que esto fuese más culpa mía que suya, pues no me sentía capaz de conversar. De hecho, toda mi atención estaba puesta en la comida; no porque tuviese un apetito voraz, sino por la dureza de los filetes y el entumecimiento de mis manos, casi paralizadas tras cinco horas de exposición al gélido viento. De buena gana hubiera comido sólo las patatas y dejado la carne, pero ya que tenía un gran trozo en el plato, no podía ser tan descortés como para despreciarlo. Así, después de muchos torpes intentos infructuosos de cortarla con el cuchillo, o desgarrarla con el tenedor, o despedazarla con ambos, consciente de que la formidable señora era testigo de toda la transacción, por fin agarré desesperada el cuchillo y el tenedor en los puños como un niño de dos años de edad y me puse a trabajar con toda la poca fuerza de que era capaz. Pero esto requería una especie de disculpa, por lo que con una débil risita dije: